

LAPALABRA

YELHOMBRE • REVISTA DE LA UNIVERSIDAD VERACRUZANA

Héctor M. Magaña

“Nuestros padres viven en Marte”

La Palabra y el Hombre. Revista de la Universidad Veracruzana

Número 70, octubre-diciembre de 2024, pp. 22-25.

ISSN: 01855727

Xalapa, Veracruz, México



Universidad Veracruzana
Dirección Editorial

La Palabra y el Hombre. Revista de la Universidad Veracruzana
Lic. Benigno de Nogueira Iriarte Núm. 7, Col. Centro, C.P. 91 000
Xalapa, Veracruz, México
Tel. 8 42 17 00 / ext. 17 820

Nuestros padres viven en Marte

Héctor M. Magaña

Desperté con un ligero dolor de cabeza. Nos dijeron a todos que el dolor de cabeza sería algo a lo que nos debíamos acostumbrar por unas semanas. No es nada grave, un efecto secundario del proceso. Caminé un poco para ver si podía quitarme ese dolor. La cabina donde está mi cápsula y mis pertenencias es muy pequeña, muy similar al baño que tenía en mi casa. Era una casa linda, nunca cerraba la ventana, y aunque sueñe muy estúpido, me gustaba sentir que el viento me despertaba. Hace unas semanas que aquí no hay viento. Solo el aire gélido que tienen todas las cabinas por el aire acondicionado, en las que si respiras con profundidad te termina doliendo la nariz.

Llegué a la sala común. Aún era muy temprano y no esperaba encontrarme con nadie. Me senté en el sillón y me quedé mirando el techo de metal. Una diminuta luz de led del tamaño de una mosca iluminaba donde estaba sentado. Giré la cabeza y lo vi entrando. Me saludó y yo le devolví el saludo. Me sorprendió verlo tan temprano. Se acercó a mí y le hablé.

—¿Qué tal despertaste?

—No sientes el despertar. Antes de que te des cuenta es de día. Aún no me acostumbro, me siento secuestrado. ¿Aún tienes dolores de cabeza?

—Sí, desperté con uno, de hecho.

—Todos aún duermen. Es extraño.

Los especímenes que cultivamos aquí serán trasladados a la colonia marciana para estudiarlos, consumirlos y cultivar nuevamente las semillas que produzcan. Me pregunté un par de veces si a estas plantas también las habían resucitado. Quise preguntarles directamente, pero son muy reservadas con sus secretos.

—Sí, es cierto. Hace un par de semanas nadie aquí existía.

Nos quedamos en silencio. Realmente la situación era de lo más extraña. Después de estar como idiota mirando la luz por unos minutos me harté y caminé hacia el mirador. Él me acompañó. La aleta de la N. F. F se veía girar. Sí, estábamos rotando. Teníamos que rotar para imitar la gravedad. Las estrellas se veían tan claras... En el campo donde vivía, las estrellas a veces se veían, pero siempre parecían tímidos puntos blancos. Ahora parecían luciérnagas con traseros de led.

—Oye, G., ¿crees que tus hijos hayan visto esto y se hayan asustado? ¿Qué habrán pensado?

Se quedó en silencio. G. no tuvo suerte. Sus hijos a duras penas lograron escanear parte de su cerebro para subirlo al disco duro. Su cuerpo estaba deshecho, no se podía hacer nada con él. Por ese rescate parcial de sus sesos a duras penas puede tener una conversa-

ción normal. ¿Será capaz de entender a dónde vamos?

La gente comenzó a salir de sus cabinas, hablando, riendo. Me quedé mirando un poco más el mirador y decidí ir al comedor a masticar alguna proteína. G. se quedó suspendido ahí mismo; probablemente más tarde reaccione y vuelva a la normalidad.

Me quedé un tiempo pensando en el comedor. No sabía qué escribirle a mi hijo. Desde que estoy en esta lata espacial he tratado de escribirle todos los días, pero nunca he recibido respuesta, no me extraña. Hace tiempo que no hablamos. Nunca fuimos unidos, supongo que es mi culpa. Había cosas que nunca pude entender de él. Aun así le escribo. Fui a mi cabina. Encendí la tableta electrónica y comencé a dictarle. No dije nada relevante. Solo lo que se me venía a la mente. Cuando terminé le envié mi carta y me fui. Tenía que trabajar en el Jardín.

El Jardín era un área en la que incluso el verdor de las plantas era forzado y falso. No pertenecían ahí. Básicamente mi trabajo consiste en estar bajo las órdenes de un equipo de botánicos y biólogos. Los especímenes que cultivamos aquí serán trasladados a la colonia marciana para estudiarlos, consumirlos y cultivar nuevamente las semillas que



Campesina

produzcan. Me pregunté un par de veces si a estas plantas también las habían resucitado. Quise preguntarles directamente, pero son muy reservadas con sus secretos. El trabajo de los botánicos es hacerlas hablar. La única razón por la que trabajo aquí es porque cuando tenía una vida normal era dueño de un rancho.

Después del trabajo tenemos tiempo libre.

Mucho tiempo libre es dañino. Horas muertas que no van hacia ninguna parte. La nave avanza. Aun así, no quiero imaginar el amartizaje. No quiero llegar. ¿Qué haré? Seguiré trabajando en el campo seguramente. Ya lo había hecho antes, morí, resucité y de nuevo al campo. Es absurdo. Haber vivido fue difícil; creo que Nick Drake tenía razón cuando dijo que la vida no está hecha de oro, ¿pero eso me hace merecer una segunda oportunidad? Esta oportunidad no me la dio Dios, ¿por eso es más importante que deba justificar-

la? ¿Cómo se justifica una vida? ¿Acaso es posible?

Otra vez apareció G., lo saludé como si nada hubiese pasado. Me decidí a preguntarle si recordaba cómo había muerto.

—No lo recuerdo. Me habían dicho que morí por una explosión. Tuve quemaduras en el 70% de mi cuerpo. Eso fue todo lo que me dijeron. Creo que me borraron los recuerdos, estoy seguro de ello. Uno no puede olvidar algo tan importante como su propia muerte.

No dije nada. No se me ocurrió nada que decir. Era probable que ellos hayan hecho lo mismo conmigo. No recuerdo mucho de mi esposa, y siempre me pregunté por qué no apareció conmigo en esta nave. Tal vez murió antes de que pudiesen rescatarla para devolverle la vida.

—Quisiera ser joven.

Me quedé asombrado. G. para empezar no tenía ni cuerpo humano, así que ¿cómo sabía si era joven o viejo? No sé mucho

de estas cosas. Tal vez la edad sí sea un estado mental como dicen.

—¿Qué edad tienes? —me animé a preguntarle.

—Eso es lo gracioso. No lo sé. Me siento viejo y joven. Un huérfano que creció en un cuerpo ajeno. Si te das cuenta nadie aquí es joven. Todos tienen como cuarenta, cincuenta, sesenta años. ¿Por qué crees que sea? Nos quieren para trabajar. Solo eso. Tus hijos, tus nietos, al igual que los míos, nos trajeron solo a trabajar.

No puse en duda su explicación. Me parecía que tenía sentido de alguna forma. Nadie dijo nada. Después de un tiempo sabía que G. otra vez se había perdido en algún punto de su cerebro digital. Me fui a mi cabina y dormí. Soñé con una playa inmensa y solitaria. No era una playa con arena café o gris. Tenía muchos guijarros, conchas de caracoles, almejas o de algún molusco que desconocía. ¿Entré al agua? No lo recuerdo. Espero que lo haya hecho.

*

Me dijeron que estábamos tan cerca de Marte que lo podía ver más o menos a simple vista desde el mirador. No quise ir. No tenía interés ni ganas. Me fui a la sala común. En ella había solo dos mujeres hablando. Creo que tenían como cuarenta años (G. sí que tenía razón). Ambas eran rubias falsas y vestían con blusas de color ocre. Parecían hermanas, tal vez lo eran. Me senté cerca de ellas. Me vieron, pero regresaron a su plática.

—¿Escuchaste que ahora están trabajando en purificar el aire de Venus?

—No, no, para nada.

—Hace poco empezaron a limpiar el aire tóxico. Hay mucha actividad ahí. Esperan incluso bajar la temperatura del planeta unos tres grados para dentro de tres años.

—¿Y qué harán ahí?

—No estoy segura, pero mi hijo me dijo que estaban planeando establecer una colonia de abuelos y bisabuelos. Ya sabes, todos esos que nacieron entre los cincuenta y los noventa. En una luna de Júpiter incluso quieren poner gente de 1800 a 1930. Mi hijo me contó que incluso están planeando sacar una copia de Hitler, de Mussolini y de Francisco Franco. Como son muy antiguos es imposible traerles sus recuerdos, solo pueden traer una copia genética de ellos, o sea clones.

Me imaginé la posibilidad de una “Segunda Guerra Mundial” en Júpiter. ¿A quiénes perseguiría Hitler? ¿A los descendientes de los colonos jupiterianos? ¿A los venusianos? ¿A los marcianos? ¿Habría potencias del Eje? ¿Aliados? Pero, más importante, ¿por qué alguien traería a la vida a estos personajes? Supongo que Vico, o Nietzsche, o Marx tenían razón y la historia se repite como una broma de mal gusto.

Salí a caminar. Entré al Jardín. Observé si había algún cambio en los cultivos y me fui a escribirle a mi hijo una larga carta. Me dormí después. No soñé nada.

*

¿Qué podía hacer para asesinar las horas? El tiempo acababa conmigo. Cada día en el mirador solo veía oscuridad y puntos blancos que giraban y giraban, y la mancha roja que nos esperaba. El trabajo se volvió más tedioso que antes, e incluso las plantas parecían querer rebelarse contra este aburrimiento. Después entré al área de descanso. Una mujer se me acercó mientras descansaba. Me preguntó si quería acompañarla mientras me enseñaba una raqueta de tenis y una pelota. Le dije que era pésimo. Ella se rio un poco y después me dijo que ella también, pero que estaba aburrida. Jugamos un partido. Nos sentamos después a descansar, la verdad no sé quién ganó y quien perdió. Todas las pelotas caían de ambos lados sin que ninguno de los dos haya dado más de siete golpes con la raqueta.

Su nombre era K. y trabajaba en el archivo. No sabía que había un archivo en la nave. Se lo comenté y sonrió, pues al parecer nadie lo sabía. Había sido bibliotecaria en su otra vida. Murió por la edad, a los 97 años, pero su cerebro no tenía ningún problema de demencia, ni Alzheimer y lograron rehacer su cuerpo y mente de cuando tenía cuarenta años. Noté que tenía un símbolo de la cruz colgándole del cuello. Le pregunté si era católica. Me dijo que sí. Me miró con ironía y dijo:

—Ya sé lo que piensas: ¿cómo puedes ser creyente si el sueño de la resurrección de la carne ya se acaba de cumplir con tubos de ensayo y cajas de Petri? Pues siendo honesta no lo sé. ¿Por qué será?

Tal vez porque estudié filosofía e hice un trabajo sobre Edith Stein, o porque me quedé dormida en una misa cuando era niña y el olor a parafina e incienso me hizo soñar con volar y conocer algo indescriptible... Una vez sentí que salía de mí misma; fue cuando leí algún salmo y después escuché a Penderecki. La música, la magia del incienso, las palabras y la liturgia. Todo eso me hizo sentir que no tenía cuerpo. En el fondo lo que todo creyente quiere es salirse del cuerpo, ser otro, estar en el espacio, en el aire, en el fondo... Lo siento, creo que ando divagando mucho. Como sea, es más cuestión de gusto que de creencia. ¿Quieres jugar otra partida?

Jugamos dos partidas más y nos fuimos del área. Me pregunté si alguien pondría una iglesia en Marte. ¿Quién sería el sacerdote? ¿Habría arquidiócesis marciana? ¿Y qué hay de los judíos, musulmanes, budistas, hinduistas, taoístas? ¿Cuánto habría que esperar para una verdadera religión marciana?

Volví a escribirle a mi hijo, pero algo cambió. Tuve una extraña sensación, una epifanía terrible. Tal vez mi hijo estaba muerto. Lo más seguro es que lo esté, y que le esté escribiendo a la nada. Una acción absurda es la que estoy haciendo entonces. Tal vez debería parar, pero no lo sé... No tengo nada más que hacer, y últimamente me la he pasado pensando. No hay nada más venenoso para un ser humano que convivir mucho con sus pensamientos; con el tiempo quieren vida y harán todo lo posible para quitarte la tuya. Hay que deshacerse de ellos, a través de la música, de la escritura, de la pintura, de lo que sea.

*

¿Cuánto tiempo ha pasado? No lo sé. No quiero escuchar esa bo-



Sin título

cina recordándomelo, diciéndome a cada momento los días, las semanas... (¿Meses?) No importa, sé que estamos cerca de llegar. Me asomé al mirador y vi el planeta ahí. Parecía una gota de sangre seca y vieja perdida en la oscuridad. Como si alguien hubiera rasgado el universo, sangrara y lo único que quedara fuese esa costra.

—Nos acercamos.

Era G. Le dije que lo sabía. Nadie dijo nada. Estoy empezando a cansarme de los silencios sin sentido que se generan cuando hablo con él. Pero, por alguna razón, ahora estoy casi seguro de que él está pensando casi lo mismo que yo. No queremos llegar.

—¿Recuerdas cuándo llegamos a esta nave? ¿Recuerdas haber entrado?

Le dije que no. Era extraño, pero realmente no lo recordaba. Ni siquiera recordaba mi muerte. Nadie me preguntó si yo quería entrar e ir a un planeta que parecía una cicatriz redonda. Es de suponer que era mi hijo el que lo había decidido, pero por alguna razón sospechaba que él había muerto casi por los mismos años

en que yo había muerto. Algo me decía que él no tenía nada que ver. Tal vez aquí nadie decidió venir. Solo aparecimos dentro de este mundo como hongos. La situación era entonces aún más absurda. Nadie decidía nada, y aun así aquí estábamos. *Ecce homo*. ¿Por qué? Porque pueden hacerlo, simplemente esa fue la única respuesta lógica que se me ocurrió en este mundo absurdo. No había nada en especial más que capacidad, arrogancia y ya. Estoy casi seguro de que el Dios de K. también nos hizo a todos por la misma razón. Simplemente porque podía. Hemos aquí: nacimos y vivimos porque alguien más quería demostrar su superioridad. Somos el residuo orgánico de su ego.

A pesar de ello, nosotros aún podemos entrar en este juego de egolatría. Ella (K.) podía almacenar archivos, el otro (G.) ser una máquina de silencios, yo cuidar plantas. ¿Por qué? Porque podemos. Aún más: yo puedo ganar la partida de este juego enfermo. Si ellos podían crear por ego y potencia, yo podía eliminar la vida y destruir por la misma razón. Fui a mi cabina. Busqué en mi tableta

electrónica las cartas que le enviaba a mi hijo. Al final las coloqué todas en un solo archivo y escribí en una nota: “Favor de entregar a K., cuidadora del archivo de la N. F. F. Con la esperanza de que esto sirva de testimonio de la vida de un hombre común después de la resurrección”. Salí y me fui al Jardín. Creo que en alguna parte había algo de ácido 2,4-diclorofenoxiacético, que era un herbicida muy común. Lo rocié en todas las plantas, en todo el Jardín. En todo lo vivo y verde. Estas plantas servirían de alimento a la colonia, así que tal vez mueran algunos. Estaba seguro que el único que no moriría sería G. Estaría en el suelo marciano, viendo a todos morir, en silencio. Busqué alguna extensión eléctrica en el cuarto de suministros. El planeta era más rojo, más estéril y más grande. Hice un nudo. La señal se activó. Coloqué mi cuello en el agujero, recé por no resucitar nunca más. La gente empezó a gritar. **LPyH**

Héctor M. Magaña (Xalapa, 1998) es estudiante de licenciatura en la Facultad de Letras de la UV.